



EL ILMO. SR. DR. D.

Pedro Jose de Jesus Loza y Pardabe,
OCTAVO OBISPO DE SONORA.

PARA hacer estos apuntes he tenido presente lo que acerca de este Prelado se halla escrito: en las biografías de los Padres del Concilio Vaticano, por Fuquet, tom. VI, Paris 1871; lo que publicó EL TIEMPO en 1889 con motivo del Jubileo sacerdotal de nuestro inolvidable Metropolitano el nunca bien lamentado Ilmo. Sr. Labastida; las interesantísimas conversaciones que LA ILUSTRACION DEL PUEBLO dió á luz en Culiacan en 1886; lo que se imprimió en la "Breve Reseña.... del Clero mexicano... por D. Aristeo Rodríguez Escandon," impresa en esta ciudad en 1892; y otras fuentes que indicarán debidamente.

Nuestra capital tiene la honra de haber sido por 23.^{ra} vez [1] el lugar donde naciera un mitrado. El Sr. Loza vió en ella la primera luz, como lo acredita la partida de bautismo que se registra en el libro 49, pág. 100 de la parroquia del Apóstol San Pablo, que así dice:

"En diez y ocho de Enero de mil ochocientos quince: Yo el Br. D. Agustin de la Fuente, Teniente de Cura de esta Parroquia, Bautizé solemnemente y puse los santos oleos á un infante que nació el día de hoy, púsele por nombre Pedro José de Jesus: hijo legítimo de D. Juan Evangelista Loza, y de D.^{ca} María del Carmen Pardabé: sus abuelos paternos, D. Mariano Loza [2] y D.^{ca} Josefa

Fuentes, y maternos D. José Rafael Pardabé y D.^{ca} María de la Luz Martínez; fueron sus padrinos D. José Francisco Cifuentes y su hermana D.^{ca} Mariana Cifuentes, á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual; y para que conste lo firmé—José Francisco Guerra (el cura)—Br. José María Ahedo" [Supongo que este así lo hizo por el Br. de la Fuente.]

Con este documento se prueba que no es Huichapan el lugar del nacimiento, como alguien ha escrito.

D. Juan Evangelista vivía en la calle del Puente de Fierro donde tenía un telar de rebozos, con cuya industria sustentaba á su familia.

El niño Pedro José de Jesus, estudió las primeras letras en una escuela situada en la calle de las Gallas y un tío suyo político D. Francisco García Caso, le sostuvo en este período.

En su parroquia de San Pablo sirvió de monaguillo.

Leí en un periódico que también estuvo en el Colegio de Infantes de la Insigne Colegiata Parroquial de Santa María de Guadalu-

"Juan Evangelista," tuvo seis hijos: María, Cesarea, Juana, Dolores (religiosa del convento de Valvanera,) Pedro (casó con N. Zavala y fueron sus hijos Severiana y Miguel, murió en Guadalajara en 1875) y nuestro Pedro José de Jesus.

Las tres primeras no tomaron estado.

"José María," casó con la hermana de la esposa de Juan, Francisca Pardabé.

"Demetrio," casó con Loreto Gutiérrez.

"Lázaro," casó con María Serna, siete hijos tuvieron:

Soledad, Trinidad, Carolina, Adelaida, Juan, Jesus y José María, (casó con Dolores Mena y fueron sus hijas Refugio y Leonor.)

"Merced" no tomó estado. En LA GUIA DE FORASTEROS de 1842 se lee que D. Demetrio y D. Lázaro tenían telares en las calles del Apartado y de Arsinas núm. 13. [Esta finca en la actualidad se ha agregado á la casa de Moneda, contigua á donde escribo esto.]

En cuanto á la familia Pardabé el referido D. José Rafael tenía un hermano Ladislao quien tuvo un hijo Amado y éste ocho: Juan, Joaquin, Estéban, Jesus, Refugio, Antonio, Encarnacion [actual religiosa de San José de Gracia] y Pilar.

pe. [EL NOTICIOSO, núm. 329, año II, Enero 14 de 1896.] No lo he podido confirmar.

Ingresó al Seminario Conciliar de México, donde hizo la carrera que va á leerse.

Mi insigne favorecedor el Dr. Solé me dice, que en los Legajos de Calificaciones núm. 3 y 4 se encontró lo siguiente: y con su proverbial bondad me remitió:

"Calificaciones del alumno capense. (3) D. Pedro Loza.

"Año de 1829.—Menoristas. [4] Se opuso y lo hizo muy bien con particularidad.

"Año de 1829.—Medianistas. Se opuso. Muy bien con particularidad y lucimiento.

"Año de 1830.—Mayoristas. Desempeñó su oposicion de Gramática y Retórica y lo hizo muy bien con particularidad.

"Año de 1831.—Filósofos de 1er. año. Se opuso á Lógica, se examinó y sustentó el acto de Lógica y Metafísica, con más que con particularidad, resultados de su mucho juicio y aplicacion."

Me agrega. "No hay constancia [en este Seminario] de otros estudios."

Tengo la invitacion que su hermano, también Pedro, hacía para que se asistiera el 24 de Septiembre de 1831 al acto público de Lógica y Metafísica que iba á sustentar su hermano Pedro en la Universidad. Su catedrático lo fué el Sr. Dr. D. Braulio Sagaceta.

Con el mismo aprovechamiento como había comenzado, cursaría el 2.^o y 3er. año de Filosofía. Me consta que en esa Universidad obtuvo el grado de bachiller en dicha facultad el 16 de Enero de 1833.

Pasó á estudiar cánones, cuyo maestro lo era el Sr. Dr. de la Garza, quien en vista de las circunstancias de su discípulo, virtuoso, aplicado, de capacidad y de escasos recursos, le protegió é hizo cuanto pudo tan bondadoso padre.

El 29 de Agosto de 1837 concluyó su brillante carrera el Sr. Loza al recibir el grado máximo en la misma Academia Pontificia.

Uno de los pocos contemporáneos que aún vive, me decía que el Sr. Loza era muy pobre,

[3] Así se llamaban á los alumnos que no vivían en el Seminario; pero se les exigía que para entrar á clase y otros distribuciones, debían usar capa.

(4) Los cursantes de gramática se conocían por Minimistas y Menoristas, los de 1er. año; Medianistas los de 2.^o; y Mayoristas los del 3.^o

[1] De los que tengo noticia son estos: 7 de Oaxaca: Bohorquez, Cervantes y Andrade, Cervantes y Carbajal, Covarrubias y Muñoz, Cuevas y Dávalos, Montaña, Sariñana. 5 de Durango: Aguirre y Gorozpe, Barrientos, Castañiza, Hermosillo, Legaspi. 2 de Yucatan: Padilla y Salazar. Belaunzarán (de Linares,) Gárate (de Querétaro,) Gómez Carpena (de Olena i. p. i. Abad de la Colegiata,) Madrid (de Tenagra i. p. i.) Moctezuma (de Chiapas,) Mota (de Puebla,) Ormaechea (de Tulancingo,) Portugal (de Sinaloa.) No se mencionan los electos.

[2] D. Mariano además de D. Juan Evangelista tuvo otros cuatro hijos: José María, Demetrio, Lázaro y Merced.

y para que se le disminyeran los gastos que se debían hacer en la función literaria, propinas é infulas doctorales, le asociaron con otros diez compañeros. El acto lo presidió el gran eanonista Dr. D. Bernardo Gárate, que más adelante fundó la diócesis queretana. "Narrata refero."

Es casi seguro que el Ilmo. Sr. Morales le conferiría desde la tonsura hasta el diaconado. Carecía el Arzobispado de Prelado, á la sazón residía entre otros el Ilmo. Sr. Campos consagrado en 1834; pero el libro de órdenes que confirió, lo he visto y no aparece que hubiera recibido de él alguno el Sr. Loza. En la biografía escrita por Mr. Fuquet, se asienta que fué secretario del Sr. Morales, si esto es exacto, hay una probabilidad más en mi presunción. Además el Sr. Garza tenía cierta estrechez con el antiguo Obispo de Sonora á quien iba á suceder, según lo sabía desde Junio de 1836, y con él presentaría á su predilecto discípulo para que le alistara á la sacra milicia. Toca al apreciable Sr. Pbro. D. Ignacio Cermeño, si gusta, no gusta corregir este y otros mil deslices de mi tosca pluma, en lo cual prestaría un buen servicio para la historia de nuestros Prelados.

Cuando me ocupé del Ilmo. Sr. Garza dije, que para fundar su Seminario en Culiacan, entre otros llevó consigo al Sr. Loza. Después de escrito aquello, leí en las Noticias Estadísticas de Sonora y Sinaloa del Sr. Lic. D. José Agustín de Escudero. México 1849, pág. 41, que el Sr. Garza tomó posesión de su obispado el 24 de Enero de 1838 y no el 8 de Febrero, según otros. En lo que no cabe duda, que en Marzo confirió la dignidad sacerdotal al Sr. Loza quien celebró el primer sacrificio el lunes 19, día en que la Santa Iglesia celebra á su gran Protector el gloriosísimo Sr. San José. ¿Se ordenaría el sábado de las Temporales día 10, ó los domingos 11 ó 18? Nuevo vacío que halló en estos apuntes. En lo escrito en Guadalajara, el año de 1888, como asenté al principio, hay una notable contradicción, se lee: "recibió el Sagrado Orden del Presbiterado en Culiacan, . . . el 19 de Marzo de 1838. . . y celebró su primera misa el 19 del mismo mes, cumpliendo por lo mismo el día de hoy, exactamente cincuenta años de haber ofrecido en el altar católico por la vez primera el Gran Sacrificio de la Redención." Aunque sea en rigor la 1ª misa la que se celebra en la ordenación; empero el uso llama 1ª á la siguiente.

En el nuevo Seminario comenzó el Sr. Loza á prestar sus servicios, como lo había deseado el Ilmo. Sr. Garza. Tan sólo tengo, conocimiento que hasta el 18 de Octubre de 1841 comenzó á enseñar Filosofía; después Cánones; que por causa de la enfermedad de su rector el Dr. Álvarez, ó Alvaritos como le llamaban, (5) entró á desempeñar este cargo y el de Secretario del Gobierno Eclesiástico de la diócesis que también tenía, así se lee en la Pastoral del 23 de Febrero de 1847 del Ilmo. Sr. Garza.

Durante esta época el Sr. Loza aprendió el arte de gobernar bajo las sapientísimas enseñanzas de su obispo, quien además le hacía practicar una de las virtudes favoritas de su secretario. Un ilustrísimo prelado, cuyo nombre no debo descubrir, hace algunos meses me decía, que con el loable fin del mayor adelanto de su aprovechado discípulo, le reprendía públicamente la menor imperfección que le advirtiera; todos los que presenciaban la prueba, quedaban altamente edificados de la actitud humilde, tranquila y alegre observada por el reprendido.

El excelente espíritu eclesiástico del Ilmo. Sr. Garza, supo infundirlo admirablemente entre su clero, así lo han comprobado sus inmediatos sucesores en el gobierno de la Santa Iglesia de Sonora.

El Sr. Garza cuando vino á regir esta Metrópoli, no olvidó á su primera y amada diócesis, lo primero que en su favor hizo, fué

(5) Murió en esta ciudad el 23 de Marzo de 1846.

procurarle que no careciera por largo tiempo de Pastor, y que este fuera el continuador de las empresas que había establecido, con particularidad su Seminario.

En aquel entonces, el gobierno civil intervenía en proponer al Romano Pontífice los candidatos para que Su Santidad, entre ellos eligiera al que debía cubrir una Sede vacante.

En LA VOZ DE LA RELIGION, 2ª Epoca, tomo II, pág. 540 del 26 de Abril de 1851, se encuentra esta noticia:

"Postulacion."—Para los efectos que indica la parte 5ª del artículo 1º de la ley de 16 de Abril último, el gobierno general pasó la postulacion hecha por el Señor Arzobispo para la Mitra de Sonora, al gobierno de Sinaloa, el que ha contestado que á su juicio el señor rector D. Pedro Loza, que ocupa el primer lugar en la propuesta, es más acreedor á la elección del gobierno supremo, atendiendo no sólo á sus recomendables y muy conocidas virtudes evangélicas y civiles; sino á lo que ellas deben influir necesariamente en el bienestar de la Iglesia de Sonora, y en la paz pública de estos pueblos. Además, concurre en el referido eclesiástico la circunstancia, igualmente atendible, de haberse grangeado la estimación general, así en este Estado como en el de Sonora, ya porque es muy digno de semejante testimonio, como porque los pueblos ven en él al ilustre predecesor, que tantos y tan gratos recuerdos ha dejado en ambos Estados."

El gobierno general se fijó por fin en el dicho Sr. Loza, según se ve en el siguiente documento:

El citado periódico en su 3ª época, tomo II, núm. 4, pág. 108, correspondiente al 24 de Enero de 1852, publicaba lo que sigue:

"Gobierno Eclesiástico de Sonora.—Con demasiada satisfacción y agrado he visto la nota que V. E. me trascribe del señor ministro de justicia y negocios eclesiásticos, en la que comunica á V. E. la muy plausible noticia de haber sido electo por el E. S. Presidente de la República para Obispo de Sonora, el muy virtuoso y amable eclesiástico Lic. D. Pedro Loza; por lo que doy á vd. las debidas gracias, y yo mismo me felicito, por el engrandecimiento que indudablemente tomará esta Iglesia con tan acertada elección; pues á más de salir de la orfandad en que yace, encontrará un pastor digno y amoroso de su grey.—Ofrezco á V. E. las seguridades de mi aprecio y particulares consideraciones.—Dios guarde á vd. muchos años. Culiacan, Diciembre 3 de 1851.—Juan Francisco Escalante.—Excmo. Sr. Gobernador del Estado.—D. José María Aguirre."

En la Ciudad Eterna, por fin, fué preconizado el Ilmo. Sr. Loza Obispo de Sonora en el Conistorio celebrado el 18 de Marzo de 1852. Luego que lo supo se vino, á esta capital. Callaría ahora un precioso episodio que hace tiempo aprendí de los labios del M. R. P. Ismael Jiménez, del Oratorio de San Felipe de México, actual canónigo de esta Metropolitana Catedral, por que faltaría; á aquella preciosa lección del Divino Espíritu "ante mortem ne laudes hominem quemquam:" más ya parece que se conoce, por lo que publicó la REVISTA ECLESIASTICA de Puebla, tomo I, 8 de Agosto de 1868, y la breve relación del Clero por el Sr. Rodríguez Escandon, aunque no tan detalladamente.

(Continuará.)

POETAS Y POETAS.

De la vida uncido al carro
Camina el vulgo suspirando en prosa,
Mas el vate—; ¡pardiez!—es otra cosa:
Hijo del cielo encarcelado en barro,
Del cosmo ideal tiene la llave,
Y en el mundo real sólo se posa
Como se posa el ave
Un instante en el suelo
Para subir más rápida hasta el cielo.
El calor de su númen idealiza

A la crasa materia con perfiles
Impalpables, sutiles,
Como el fuego al metal volatiliza.
¡Mas dió una vuelta el mundo! ya la palma
Obtiene en la novel literatura
Quien sabe en fango modelar el alma,
Ya ciñe los laureles de poeta
Quien busca á gatas por la tierra oscura
Del goce material la tosca veta,
Y del mundano lodazal la horrura
Charola con barniz de fantasía
Definiendo muy sério la poesía:
"Arte de hacer hermosa la basura."

LOS CANARIOS.

CÁRMEN y Antonio vivían pared por medio, y sus balcones, de voladas barandillas, por poco espacio separados, caían á la calle casi al mismo nivel.

Ricos, jóvenes y solteros, hermosa y discreta ella, él apuesto y galán, eran ámbos lo que vulgarmente se llama un buen partido; pero ni la vecindad que engendra fácilmente el trato, ni la semejanza de gustos y de posición social que lo estrecha y consolida, ni los tiernos años, de suyo propensos á las expansivas y ruidosas demostraciones del corazón, fueron parte para que Carmen y Antonio llegaran nunca á cambiar señales, si no de afectuosa benevolencia, por lo ménos de frívola cortesía: sellaban sus labios odios implacables de familia.

Un anciano que compartía la amistad de ámbas casas rivales, cuya reconciliación hubo de procurar inútilmente, regaló á la gentil muchacha y al gallardo mancebo sendos canarios, en ricas y doradas jaulas cautivos, pero de sexo distinto, á los cuales tomaron aquéllos tan grande afición, que rayaba en el cañío.

Casi á la misma hora, mañana y tarde, salían al balcón para atender con prolijo esmero y hasta exagerada solicitud al cuidado de los hermosos pajarillos, que no cesaban de saltar dentro de la angosta cárcel, donde encerrados vivían.

Los clavos, sosten de las dos jaulas, estaban fijos en la pared maestra, pegados á las jambas en el mismo sentido, á mano derecha de Carmen y Antonio, cuando éstos asomaban al balcón, de modo que el segundo, durante el tiempo que consagraba á su canario, volvía forzosamente las espaldas á la primera.

Así pasaron días, que no fueron muchos, hasta que el mozo puso en efecto lo que, irresoluto y perplejo, venía meditando, y fué alcanzar su jaula y variarla de sitio, aprovechando la ausencia de la encantadora vecina.

Al salir ésta al balcón se sorprendió del cambio: junto á la suya estaba la jaula de Antonio, quien tenía puestos los ojos en ámbos canarios, alegres y contentos de verse tan cerca.

Y á fuerza de mirar á los pájaros, sus dueños se miraron al fin; ella tímida y ruborosa, él confuso y suspenso.

Desde entonces Antonio tuvo en poco á su canario y se apasionó del ajeno, á pesar de que, siendo hembra, no sabía arrancar de su garganta los delicados trinos con que el primero recreaba suavemente el oído de cuantos le escuchaban.

Cármén, á su vez, comenzó á tomar afición al primoroso cantor que, desde el alba hasta el caer de la tarde, estremecido de gozo, abriendo las alas, sin espacio para tenderlas, agitado é inquieto, llenaba el aire de melíflua armonía, fijas las miradas y los deseos en las próximas rejas de su compañera de amor y cautiverio.

Tanta constancia despertó en el tierno corazón de Carmen afán nunca sentido, placer jamás imaginado, dolor y gozo, impulso de llorar y explosiones de risa, opresión de pena y desbordamientos de júbilo, anhelo de hablar imperiosa fuerza de silencio; pero sus ojos, claros espejos del alma, traidores y par-

leros, se apartaban á cada instante de la jaula para clavarse en los de Antonio, como atraídos y subyugados por el poder de imán misterioso é irresistible.

Y luchando ámbos con el miedo de incurrir en el desagrado paterno, y con el natural rubor y encogimiento de los pocos años, sin dirigirse la palabra, daban rienda suelta á la ternura que embargaba su corazón hablando á los canarios.

Un simple saludo de Antonio, frase vulgar de pura cortesía, dicha con labio torpe y balbuciente y miedo en el corazón, que contestó Carmen, apagada la voz y encendido el rostro, dió fin á los apartes y fácil entrada al diálogo. El cual, indiferente y frívolo al principio, fué subiendo de punto de día en día, hasta convertirse en largos y amorosos coloquios, siempre brevísimos para los interlocutores y siempre con pena interrumpidos y con creciente anhelo y mayor fuego reanudados.

Mas los pobres pajarillos, medianeros de tanta felicidad, confiados á manos extrañas y mercenarias, echaron pronto de ménos las tiernas caricias y la cuidadosa solicitud de sus ingratos dueños, harto atentos á la propia satisfacción para pensar en la ajena.

El consejo cariñoso y la súplica reiterada de la oficiosa amistad; el tiempo, que aplaca los rencores, enerva las voluntades y rinde los caracteres más firmes y enteros, y, sobre todo, la inquebrantable constancia de los amantes, pudieron más que los odios de ambas familias, y aquellos, con el logro de sus ardientes deseos, vieron colmada con creces su ventura.

Todo era paz, todo contento, todo supremo bien en el risueño hogar de los recién casados: ni ligera nube empañaba el claro, sereno y transparente cielo de su dicha; pero los dos canarios seguían presa de mortales ansias, cada uno en su jaula, renovando con inequívocas y ruidosas señales la firmeza de sus vehementes y contrariados amores.

La primavera, que ya sonreía en los corazones de Carmen y Antonio, comenzaba á sacudir el sueño de la Naturaleza, y barruntaban la sublime atracción del amor las delicadas yemas de la humilde hierbecilla, los henchidos brotes del leñoso ramaje del árbol, el canto melodioso de las aves, el monótono balido en el seno de los rediles, el estridente relinchar del noble bruto que percibía los recónditos efluvios del aire y el áspero rugir que se alzaba del fondo de las selvas.

Por donde quiera despertaba la vida y el ardiente afán de perpetuarla, disputando al tiempo el cetro de la inmortalidad.

Y en medio de las universales manifestaciones del amor, tenues y sùtiles rejas se interponían al de dos enamorados pajarillos.

—Si somos tan felices—dijo un día Carmen á su marido—¿por qué no han de serlo nuestros canarios? Vamos á unirlos, y en su felicidad veremos retratada la nuestra.

Antonio accedió á los deseos de su esposa, y las dos jaulas fueron sustituidas por otra mayor, provista de nidos y de un burujo de estopa; pero, como suele acontecer, el macho enmudeció al comenzar la cría.

—¿Qué lástima!—exclamó Carmen.—¿Ya no canta tu canario! ¿Por qué será?

—Porque ya se lo ha dicho todo á su compañera—contestó Antonio.

—Mira, ahora le impone su voluntad á picotazos.

—De alguna manera han de entenderse los pájaros.

—Sí; pero antes cantaba y ahora hiere—murmuró Carmen triste y pensativa.

Y por primera vez, desde su matrimonio, sus ojos se anegaron en llanto.

Una noche, de vuelta al domicilio conyugal, despues de celebrar en casa de sus padres el primer aniversario de la tornaboda, Carmen supo con asombro y profunda pena que el canario de Antonio, aprovechando la torpeza de un criado, había desaparecido.

—¡Pobrecita!—exclamó mirando con ternura á la abandonada avecilla.—¡Huyó el inconstante!... ¡Ingrato, pérfido, aleve!... ¿pero qué importa? Yo te vengaré... Mañana, mañana mismo tendrás otro compañero! ¿De mí depende!... ¿Mas qué digo? ¡Ay de mí! Para condenarte de nuevo, no á dulce esclavitud, sino á opresora servidumbre, y al doble dolor del bien fugitivo y de la esperanza de que el traidor volverá desengañado al apacible nido de sus primeros amores!... ¡Sufre, pajarito mío, sufre y muere de dolor, como sufro y muero yo!...

Antonio había volado también en pos de una hermosa y célebre funámbula.

¡Oh felicidad, huímos de tí para buscarte en el aire! ¡Como el canario de mi cuento!

NILO MARIA FABRA.

POESIAS LIRICAS

DE

JOSE MARIA ROA BARCENA

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

(CONTINUA.)

DE LORD LYTTON. (1)

IDEAL Y POSESION.

Un soñador, un bardo, se enciende en llama
Viva por una estrella. Las noches ama
Porque la ve.

“Dulce estrella, le dice, desdicha es fiera
¡Ay! que de mí tan léjos, en alta esfera
Tu forma esté.

“Blanca luz en mi noche nublada y triste,
Beldad que á tus amantes jamás te diste,
¡Lograra yo

Que á la tierra bajases y, en lazo fuerte
Unidos, en tus brazos hallar la muerte
Que el alma ansió!”

La estrella pura, al cabo, siéntese herida
De amor que así le ofrecen con alma y vida:
Cayendo va,

Aunque abandona el cielo, libre de enojos:
De Eva en la bella forma, ya ante los ojos
Del bardo está.

Suya es al fin; mas pierde misterio y brillo,
Y con acento triste si al par sencillo,
Le dice: “A ver:

¿No es preferible, siempre de encantos lleno,
El fulgor de los astros, al blanco seno
De la mujer?”

Tibio y desalentado piensa el amante:
“Que mi estrella he perdido, lo afirma inquieta
Mi ánima, sí.”

Cúbrese con las manos ella el semblante,
Y “Con ser tuya—exclama—yo mi poeta
Caro perdí!”

1892.

DE SHAKESPEARE. (*)

I

ROMEO Y JULIETA.

FRAGMENTO DE LA ESCENA U DEL ACTO TERCERO.

Huerto en la casa de Capuleto—Romeo y Julieta en el balcon.

JULIETA.

¿Cómo! ¿Ya quieres irte? Aún tarda el día.

(1) Poeta inglés, embajador británico en París, muerto hace pocos años. Era hijo del célebre novelista Eduardo Lytton Bulwer. Esta pieza (cuya version es bastante libre,) no obstante sus resabios naturalistas, constituye en su género, en la poesía moderna, una de las mejores apologías del Idealismo.

(*) No obstante lo dicho en la introducción del presente libro, á última hora se ha procurado utilizar algunas de las advertencias del Sr. Menéndez y Pelayo acerca de estas versiones.

Fué el ruiseñor; no fué, no fué la alondra
Quien alarmó tu receloso oído:
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

ROMEO.

Fué la alondra, del alba mensajera;
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cómo á las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfría
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya ruiseño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo, muero.

JULIETA.

Sé bien que matutina luz no es esa:
Ha de ser meteoro que el ausente
Sol esta noche á que te alumbre envía
En tu camino á Mantua. No te vayas:
Quédate aquí conmigo todavía.

ROMEO.

¡Préndanme, pues, y mátenme! Lo quiero,
Ya que lo quieres tú. Que no es del día
La luz diré, sino fulgor de luna;
Ni alondra el ave que exhaló sus trinos
Hacia el cóncavo cielo. He de quedarme:
Venga la muerte, y bien venida sea:
Julia lo quiere así. ¿Qué dices? ¡Ea!
Hablemos largo. De partir no es hora.
¿Qué dices, alma mía?
Lo que brilla en el cielo no es la aurora.

JULIETA.

¡Es el día! ¡Es el día! ¡Vete al punto!
La alondra es la que canta ásperamente.
¿Cómo podrán decir que dulcifica
Despedidas de amor, si nos separa?
Cuentan que con el sapo aborrecible
Los ojos trueca... ¡Oh si trocado hubiese
También la voz que aparta nuestros brazos
Y te alejó con anunciar el día!
Vete, Romeo, ya... La luz se aumenta.

ROMEO.

Se aclaran los albores matutinos,
Y se oscurecen más nuestros destinos!

LA NODRIZA [adentro.]

¡Niña! ¡Señora! Vuestra madre viene;
Y amaneciendo está... Cuidarse importa.

JULIETA.

Deja, pues, ¡oh ventana! entrar el día,
Ya que por tí se sale el alma mía.

ROMEO [poniendo el pie en la escala.]

¡Adios! Un beso, y parto....

JULIETA.

¡Así te has ido,
Y te llevas mi dicha y mi reposo!
¡Oh mi señor y bien! ¡Oh amado esposo!

II

HAMLET.

FRAGMENTOS DE LAS ESCENAS 1^a, 2^a, 4^a y 5^a DEL ACTO I.

Version dedicada al Sr. Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

I

Esplanada ante el castillo y palacio de Elsinor.

HORACIO.—MARCELO.—BERNARDO

BERNARDO.

Dime: ¿Horacio está ahí?

HORACIO.

Hay algo suyo.

BERNARDO.

Bien venidos seais, Marcelo, Horacio.

MARCELO.

¿Volvió esta noche á aparecerse aquello?

BERNARDO.

Yo nada he visto aún.

MARCELO.

Horacio afirma

Que fué simple ilusión: crédito niega
A lo que veces dos vimos despacio.
Trájele, pues, á que esta noche vele,

Por si el Espectro á confirmale llega
Lo que dijimos. Hablará entónces.

HORACIO.

No ha de volver.

BERNARDO.

Sentémonos ahora

A comentar el caso que seguidas
Dos noches hemos visto.

HORACIO.

Hable Bernardo.

BERNARDO.

Anoche nada ménos, cuando al punto
Donde brillando está, con paso tardo
Llegó esa misma estrella hacia el Oeste
Del polo, ante Marcelo y yo, distinta
Dando la campanada de la una....

[Aparece el Espectro.]

MARCELO.

Cállate y mira ya por dónde surge.

BERNARDO.

En la forma de anoche, parecido
Al difunto monarca.

MARCELO.

Háblale, Horacio,

Ya que estudiante has sido.

BERNARDO.

Hazle preguntas.

HORACIO.

¿Quién eres tú que usurpas este espacio
De la noche, y al par, noble y altivo
El porte y ademan con que marchaba
El rey de Dinamarca cuando vivo?
¿Habla! En nombre del cielo te conjuro.

MARCELO.

Se ha enojado.

BERNARDO.

Se aleja.

HORACIO.

¿Habla! ¿Detente!

[Desaparece el Espectro.]

MARCELO.

Se fué sin responder. ¿Qué tal, Horacio?
¿Tiemblas?.. Hay algo más que ilusion nuestra

HORACIO.

Ante Dios lo diré: viéndole sólo
Creerlo pude.

MARCELO.

¿Al rey no se parece?

HORACIO.

Como á tí mismo tú. Lleva la propia
Armadura que al ir contra el Noruego:
El ceño aquel con que, encendido en ira
En parlamento borrascoso, vile
Herir al rey Polaco y derribarle
En el hielo sin vida. ¿Extraño es esto!

MARCELO.

Antes así dos veces y á esta hora
Pasó junto á nosotros marcialmente.

HORACIO.

Su objeto ignoro; mas barrunto á veces
Que al Estado catástrofes presagia.

MARCELO.

Sentémonos en tanto, y que nos diga
Quien lo sepa por qué noche con noche
Esta vela que á todos nos obliga,
La fundicion de máquinas de ataque
Y de extranjeras armas el acopio?

[Reaparece el Espectro.]

HORACIO.

¡Silencio, calla! Ved por dónde vuelve.
Al paso he de salirle, así pudiera
Anquilarme. ¿Tente! Si te es dada
La voz, háblame, y dí si obra factible
Hay para alivio tuyo y perdon mío;
O si amenaza á los destinos patrios
Adverso caso que, previsto, falle,
O ya si en vida ilicitas riquezas
Enterraste que os hacen á vosotras,
Almas, volver. ¡Deténmele, Marcelo!

MARCELO.

¿Le agrediré con esta partesana?

HORACIO.

Si en irse insiste, sí.

BERNARDO.

Por aquí huye.

HORACIO.

Por aquí, por aquí.

[Desaparece el Espectro.]

MARCELO.

Se desvanece.....

Desvaneciósese ya. Noble y altiva
Su condicion, le ofenden los amagos,
Irrisorios cuando él invulnerable
Como el aire ha de ser.

BERNARDO.

A hablarnos iba

Cuando el gallo cantó.

HORACIO.

Sobrecogióse

Al oírle, cual reo que es llamado.

[Continuará.]

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

XLIX

EL SEMINARIO CONCILIAR.

MUY noble tarea sería para mí enaltecer debidamente al establecimiento más benéfico de esta ciudad; pero muda mi lengua ante los hechos, no puedo ménos que contemplar con asombro los opimos frutos que apénas en su niñez cosecha ya; y lleno de emoci6n y gratitud, bendecir la mano del Altísimo que en el corto período de cinco lustros, ha colocado mi querido suelo á la altura de otras tantas ciudades del antiguo mundo verdaderamente católicas, que cuentan por centurias su existencia.

Heme ya ocupado en mi leyenda anterior del santo varon que le dió el sér y le llevó de la mano al dar los primeros pasos.

El ilmo. Dr. D. Bernardo Gárate, primer obispo de esta Diócesis, fué quien con la cooperacion del inolvidable cuanto virtuoso sacerdote D. Manuel de Castro y Castro, fundó este plantel, fuente de todo bien, inaugurándose en el ex-convento de San Antonio de esta ciudad el 12 de Marzo de 1864.

Sigamos al sábio cronista que nos ha guiado en nuestra leyenda anterior.

“Los muros de un claustro abrigaron tu cuna, y viste la luz en medio de una solemnidad animada por gozos indescriptibles y revestida de esplendores inusitados.”

“El archivo del establecimiento registra la acta de inauguracion, y en ella queda un bosquejo de los aplausos con que te saludó esta cristiana ciudad. Allí se hace mencion honorífica de los señores y señoras que por comisiones se encargaron de los trabajos de la ornamentacion que fué espléndida.”

“Las cátedras que se establecieron desde luego, fueron: dos de Latinidad, tres de Filosofía, las de Teología Escolástica, Moral, Derecho Canónico y Civil, sin que faltara el estudio de la Sagrada Biblia y Liturgia.”

“Y aunque el Seminario es hijo del cielo, está en el mundo sujeto á las vicisitudes y al embate de sus persecuciones, porque no tiene su espíritu y en manera alguna le pertenece. Debido á esta circunstancia más que á la naturaleza de las cosas que comienzan á ser, ha sido cosmopolita. Que sé yo si por algo más que por dar alojamiento al ejército francés, se obligó al Seminario á desocupar el local en que se inauguró.”

“La necesidad hizo que se tomara arrendada en la misma calle, la casa de... ”

número 6. En busca de mejor localidad, á pocos días se trasladó á la número 8, esquina que forman las calles del Sol Divino y Merced Antigua. Un año más tarde ocupamos la casa número 5; de la calle del Puente; dos despues la del Desden núm. 5; en seguida y corridos tres años, la de la Aduana número 1 donde por maneci6 el Colegio hasta el de 1883 en que vino por último al edificio que ocupa actualmente.” (1)

“Vais á ver al Seminario portado en brazos de la Providencia singular y prodigiosa, que ni le abandona ni le abandonará jamás.”

“El Colegio fué fundado sin contar con edificio propio, sin fondos ni personal. La Iglesia fué despojada de sus edificios al serlo de todos sus bienes.”

“Las circunstancias generales eran de suma escasez causada por la revolucion, cuya tea aún abrasaba á México; y las particulares de la Iglesia de Querétaro eran hasta miserables. ¿Qué eclesiásticos pudieran haber para el servicio de las cátedras, acabada de desmembrar esta Iglesia de la Metrópoli?”

“Y sin embargo gracias á la Providencia, el Seminario ha dejado de ser cosmopolita y tiene todo lo relativamente necesario: su buena biblioteca, becas suficientes para los alumnos pobres, lo necesario para el servicio divino, todo lo relativo al servicio de cocina, objetos indispensables para el transporte y servicio del colegio en tiempo de vacaciones, una sólida y hermosa finca en la boca de la Sierra, en donde pasan anualmente las vacaciones los alumnos y la cual tiene tambien todo lo relativamente indispensable.”

“Todos los adelantos materiales se han hecho sin contar con un centavo de fondo positivo. Esto es inegable; pero la Providencia jamás ha faltado.”

En el órden escolar tambien se ha adelantado; no lo apetecible, pero sí, lo que ha estado al alcance de su digno Rector.

En cuanto al órden espiritual, (su único y principal objeto,) los curatos, vicarías y foraneas, empleos de la Catedral, y templos de la ciudad cubiertos por empleo, á excepcion de muy contadas vicarías de la Sierra, dan testimonio con su digno personal de ello.

Pero para qué cansar la atencion, cuando mis compatriotas para quienes especialmente escribo estas leyendas, son irrefutables testigos de ello?

La disciplina adoptada en este benéfico plantel, ha tenido siempre censuras terribles; mas el Seminario indiferente á sus necios censores, ha enmudecido, dando sólo por toda contestacion la más acertada y elocuente, los hechos. Siempre lo bueno ha tenido detractores más ó ménos fanáticos; mas entrando á los resultados prácticos, enmudecen. No hay que asombrarse; ese es y no otro, el espíritu de nuestro decantado siglo.

El temor de herir la modestia de las personas á quienes debe el Seminario lo que actualmente es, me obliga por ahora á guardar silencio acerca de sus desvelos en bien de la juventud. Tal vez un día no lejano, historia de mi patria contenga páginas la sublimes, en las cuales escritas en letras de oro, vean nuestros hijos una á una, las abnegaciones de los sacerdotes que sostienen contra los vaivenes del siglo, al establecimiento más grande para la sociedad.

El escritor Lic. D. Celestino Díaz en su obra “Guía del viajero en Querétaro,” hace muy justos elogios del personal de este establecimiento

El notable estadista D. José Antonio Septien en su obra “Estadística de Querétaro,” (lo mejor que en su género se ha escrito hasta hoy) dice hablando del plantel que nos ocupa: “Por su parte el Gobierno Eclesiástico de la diócesis, fundó desde la ereccion de su obispado un Seminario, en el cual se hacen notar la urbanidad y buena moral de los su-

[1] Exconvento de monjas Teresas. Calle de Marte,

periores y estudiantes, así como la sólida instrucción de los unos y los otros; lo cual sin embargo nada de extraño tiene; pues sobre el techo de ese plantel, se extienden los resplandecientes brazos de la cruz, que es la bandera del verdadero progreso."

Podría citar otros escritores que se han ocupado en más de una vez de nuestro Seminario; pero el género de estos escritos no me lo permite.

Dios haga que jamás desaparezca de nuestro suelo este establecimiento, y que jamás deje de tener al frente un verdadero padre, que sepa sacrificarse por completo en bien de la niñez, sin otra mira que salvar á la sociedad, haciendo sacerdotes fieles imitadores de Jesucristo, como el que hoy tiene.

LAS RUINAS DEL CARMEN.

Al distinguido periodista católico, Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.
Homenaje de respetuosa amistad y gratitud.

Monumento á las artes erigido,
Albergue del estudio y de la ciencia:
El magnífico Cármen otro tiempo
Se levantó con majestad y gloria;
Eran sus claustros de pinturas ricas
Galerías acabadas, donde el génio
De artistas renombrados, legar quiso
A las generaciones su alto nombre.

De arquitectura orgullo, en esos claustros
Las columnas esbeltas se elevaban,
Sosteniendo en calados capiteles
Sus arcos anchurosos y correctos
En donde los relieves primorosos
Inprimieran su gracia y donosura.

Era su templo joya de las artes
Y en él, bellas imágenes sagradas
De la escultura gloria, se veían.
Es fama que del órgano sonoro
Las armoniosas, singulares notas
Al eco perpural de sus campanas
Uniéndose, formaban himno augusto,
Que iba á perderse al Trono del Excelso.

El poder de Satan en lucha abierta
Con todo lo que es grande, lo sublime:
Cual huracan devastador, bravío
Barrió esos santos, bendecidos muros,
Quedando sólo para más escarnio
En el extremo de la triste calle
Rotas columnas, arcos en fragmentos,
Destrozos de magníficas paredes
Donde de las pinturas aún se observan
Con indecible angustia los despojos....
Por aumentar lo lúgubre del cuadro
De alto fresno, sombrean esas ruinas
Las semi-negras ramas sollozantes.

¡Cuántas veces, cruzando distraído
Este lugar, donde en mejores días
Se adoraba al Señor, con culto espléndido
El cristiano, se olvida de ese culto
De este templo, al hollar con planta aleve
El hogar venerando do estuviera
El ara santa, el santo tabernáculo.
Se olvida de los sábios cuyo nombre
Con respeto y amor guarda la historia:
De aquellos religiosos cuya vida
A la virtud y ciencia consagrada
Brillaron en las aulas por su génio
El decoro del claustro y de la Orden.
¡Oh santos carmelitas, si dejaseis
El polvo solitario de la tumba
Por contemplar absortos estas ruinas!....

Gritando libertad, himnos de triunfo
Al Progreso entonando, en hora aciaga
La envidia, odio y furor se concertaron
Y sus manos sacrílegas pusieron
En este asilo, de virtud refugio.
Sin respetar el arte ni la ciencia
Vándalos implacables destruyeron
Los claustros, y los muros del Santuario.
Se alzó un grito de horror, grito terrible
Que imponente vibró, cual la protesta
De un pueblo creyente atribulado,
Como elocuente acento de ternura

Para esos monjes, como rudo elogio.
Y ese acento vibrante repercute
En la impura conciencia del impío.

Hoy, los ambulatorios del Convento
Que quedaron en pie, celdas y patios:
De soldadesca vil son la guarida;
Convertidos están de inmundas bestias
En los albergues de asquerosas cuadras.

Pero muy cerca, una capilla humilde
Consagrada á la Virgen del Cármen
Representa la fé y el sacrificio
Con que, prenda de amor, se construyera.
Es hermosa y en ella se salvaron
Algunas joyas de la iglesia antigua:
Estátuas y pinturas portentosas,
Régios blandones y brocados de oro.
Mas nunca, nunca al igual llegara
Aquella, que pasó, magnificencia
Del templo del derruido Monasterio.
Baldon para los vándalos del arte,
Eterna execración á su memoria!

Guadalajara, 1875.

FIDELIOR.

El Pañuelo Azul.

A FINES del mes de Octubre del pasado año, volvía yo á pie de Orleans al castillo de Bardy. Delante de mí, y por el mismo camino, marchaba un regimiento de la guardia extranjera. Como la música militar me gusta mucho, apresuré el paso para oírlo; pero ésta cesó de pronto y siguió oyéndose de tarde en tarde el ruido de los tambores que marcaban el paso á los soldados.

Después de media hora de marcha, ví al regimiento entrar en una pequeña llanura rodeada de un bosque de pinos.

Y pregunté á un capitán, á quien conocía, si iban á hacer ejercicio.

—No, me contestó, vamos á juzgar y probablemente á fusilar á un soldado de mi compañía, llamado Piter, por haber robado en la casa donde se alojaba.

—¡Cómo! le dije, ¿se le va á juzgar, á condenar y á ejecutar inmediatamente?

—Sí, me contestó, así lo exige nuestra Ordenanza.

Para el capitán estas palabras no admitían réplica, como si todo estuviese previsto en los reglamentos, lo mismo la falta y el castigo, que la justicia y la humanidad.

—Pues bien, si es usted curioso, añadió el capitán, voy á colocarle no muy lejos de aquí.

Como siempre me han gustado estos tristes espectáculos, porque me imagino que voy á saber lo que es la muerte, fijándome en el rostro de un moribundo, seguí al capitán.

El regimiento estaba formado en cuadro; detrás de la segunda línea, y al extremo del bosque, algunos soldados cavaban una fosa. Los soldados estaban mandados por un teniente, porque en el regimiento todo se hace con orden, y hasta hay cierta disciplina para cavar la fosa de un hombre.

En el centro del cuadro ocho oficiales estaban sentados en unos tambores; el noveno, á la derecha, y delante de todos, escribía unas líneas sobre sus rodillas, pero con negligencia, y solamente para que un semejante no fuese fusilado sin algunas formalidades.

Llamaron al reo, el cual era un jóven de elevada estatura y de rostro noble y agraciado. Con él se adelantó una mujer, único testigo que debía declarar en el juicio.

Cuando el Coronel quiso interrogarla, dijo el soldado:

—Es inútil, yo voy á decirlo todo; he robado un pañuelo en casa de esta señora.

“El Coronel.”—¡Usted, Piter! ¿Usted pasaba por un buen sujeto!

“Piter.”—Es verdad, mi Coronel; siempre he procurado tener contentos á mis jefes; pero también es verdad que yo no he robado para mí, sino para María.

“El Coronel.”—¿Quién es esa María?

“Piter.”—María, la que vive allá en mi país... cerca de Assneberg... donde está el gran manzano... No la veré más.

“El Coronel.”—No le comprendo á usted, Piter, explíquese usted.

“Piter.”—Pues bien, mi Coronel, lea usted esta carta.

Y el Coronel leyó lo siguiente:

“Mi buen amigo Piter:

Por medio del recluta Arnold, que está alistado en tu regimiento, te envió esta carta y una bolsa de seda, que he hecho para ti. Me he ocultado de mi padre para hacerla, pues me está regañando continuamente porque te amo, y dice que no volverás. ¿No es verdad que volverás?

Sin embargo, aunque no volviésemos jamás, te amaría á pesar de todo.

Te prometí ser tuya el día que cogiste mi pañuelo azul en el baile de Assneberg, para traérmelo á tu regreso.

¿Cuándo te volveré á ver? Lo que más me satisface es que me han dicho que te aprecian mucho tus superiores y tus compañeros; ¡pero todavía te faltan dos años para cumplir! Adios, mi buen amigo Piter, te quiere con toda el alma tu

MARIA.”

“P. D.—Procura enviarme también algo de Francia, no por temor de que te olvide, sino para llevar siempre conmigo tu regalo. Besa lo que me envíes, porque estoy segura de que encontraré el sitio donde haysa besado.”

Terminada la lectura, Piter tomó la palabra.

—Arnold, dijo, me entregó ayer la carta cuando me dieron mi boleta de alojamiento.

La pobre me pedía algo de Francia y yo no tenía ni un solo céntimo, pues hace días empeñé mis haberes de tres meses para favorecer á mi hermano y á mi primo, que han regresado á su país. Esta mañana al levantarme he abierto mi ventana y he visto colgado de una cuerda un pañuelo azul con rayas blancas. Tuve la debilidad de cogerlo y, al salir á la calle, cuando arrepentido de mi falta iba á entrar en la casa para dejarlo en su sitio, esa mujer me ha denunciado y me han encontrado encima el cuerpo del delito. La Ordenanza me manda fusilar; mas no por eso merezco el desprecio de las gentes.

Los jueces no podían ocultar su emoción. Sin embargo, Piter fue condenado á muerte por unanimidad.

El soldado oyó con sangre fría la sentencia, y después, acercándose á su capitán, rogóle que le prestase cuatro francos.

El Oficial no vaciló en dárselos inmediatamente.

Piter se acercó entonces á su denunciadora, y le dijo:

—Ahí tiene usted cuatro francos; no sé si su pañuelo vale más; pero aunque así fuera, lo pago bastante caro para que me perdone el resto.

Piter cogió el pañuelo, lo besó con efusión y se lo entregó al oficial, diciéndole:

—Mi capitán, dentro de un año volverá usted á nuestras montañas. Si va usted á Assneberg, pregunte usted por María y dele en mi nombre este pañuelo azul, sin referirle cómo lo adquirí.

Piter se arrodilló, rezó un instante y se dirigió al lugar del suplicio.

Yo me alejé presuroso y entré en el bosque, para no presenciar el término de aquella horrible tragedia. Una descarga cerrada me hizo comprender que todo había concluido.

Al cabo de una hora volví al lugar de la ejecución. El regimiento se había retirado y todo estaba en calma. Al llegar á la llanura, noté huellas de sangre y ví un montón de tierra recientemente removida. Cogí una rama de pino, hice con ella una cruz y la coloqué en la tumba del pobre Piter, olvidado ya de todo el mundo, ménos de mí y quizás de la infortunada María.

E. BEQUET.

RECUERDOS.

I

Cuando en la tarde
La errante brisa
Mece las flores
En el pensil,
Entre suspiros
Y entre sollozos
Oigo á las flores
Hablar de tí.

Cuando en la selva
Las tiernas aves
Volando entonan
Canciones mil,
En sus arpegios
Y en sus cadencias
Oigo á las aves
Hablar de tí.

Si á los remansos,
Que el musgo forma,
Los arroyuelos
Van á dormir,
Entre las rocas
Al deslizarse
Con sus murmurios
Me hablan de tí.

Si allá en el valle
Suspira el aura
Junto á la rosa
Que va á morir,
Con sus lamentos
Y con sus ayes
Tristes las auras
Me hablan de tí.

Cuando en la noche,
Serenó el cielo,
La luna riela
Por el cenit,
Con sus hechizos
Y sus fulgores
La hermosa luna
Me habla de tí.

Lola! me dicen
Los blancos lirios
Que abren su cáliz
Al sol de Abril.
Lola! repiten
Las madre selvas
Y tulipanes
De mi jardín.

Y Lola cantan
Las avecillas
De alas pintadas
De oro y carmin.
Lola! murmuran
Los arroyuelos
Entre las rocas
Al discurrir.

Y así, mi amada,
Doquier que vague,
Natura toda
Me habla de tí;
Porque eres bella
Como las flores
Que al rayo brotan
Del sol de Abril.

II

Mas qué me importa
Que aves y flores
Brisas y lagos
Me hablen de tí,
Si ya no puedo,
Mi bella Lola,
Verme en tus ojos
Tu acento oír?

Ni qué me importa
Que manso arroyo
Con sus murmurios
Me hable de tí,
Si ya no puedo,
Mi idolatrada,
Cabe á tu lado
Feliz vivir!

¡Callar quisiera...!
Mas en el pecho
Ardiente llama
Vuelvo á sentir,

Y es que el recuerdo
De tus amores
Voraz incendio
Renueva en mí.

¡Callar quisiera...!
Mas dentro el pecho
Doliente mi alma
Oigo gemir,
Y es que el recuerdo
De tus amores
Revive, Lola,
Revive en mí.

¡Callar quisiera...!
Mas sin quererlo
De mi alma brotan
Cantares mil,
Y es que tu imagen
En mis ensueños
Contemplo siempre,
Niña gentil.

¡Oh! casta musa
De mis amores,
Deja tus cantos,
Cesa por fin.
Porque el recuerdo
Del bien perdido
Que en mí despiertas
Me hace gemir.

P. C. NUÑEZ.

CAMINO DEL CIELO.

DIALOGO FAMILIAR.

Cuando yo era niño, me dijo en cierta ocasión mi buena madre:

—Leon Raimundo: no hay más que dos caminos para la otra vida: por uno se va á la Gloria; por el otro al Infierno. El primero está cubierto de espinas; el segundo de rosas. ¿Cuál de los dos quieres tomar?

—Al revés, mamá, la repliqué sin contestar á su pregunta: el primero está lleno de rosas, porque es el del Cielo; y el segundo de espinas, porque es el del Infierno.

—Dije bien, hijo mío; el de la Gloria tiene espinas, y el del Infierno, rosas.

—Pero, mamacita, ¿qué te ha sucedido? Permíteme que te diga lo que tú muchas veces á mí: que estás hoy muy... digo? ton... acabo? ta... no! tita.

Recuerdo que mi madre se sonrió, no, sin duda, porque la había llamado tonta; si no por la "urbanidad" con que había cometido aquella "malcriadez," y con su habitual dulzura prosiguió:

—Es que no te explico todavía...

—Pero, mamá, si la Gloria es tan linda, y hay tantos angelitos en ella, ¿cómo ha de ser posible que el camino de aquí á allá sea de puras espinas? Bonita Gloria, á donde se llega con los pies desgarrados y chorreando sangre... Esa no es Gloria; es Calvario...

¡Ah! Con razon me calificas de tonto algunas veces. Vaya, que no me acordaba: si ese camino se hace volando; si los pies aquí se quedan; eso es, porque al morirnos, el alma es lo que se va; el alma, que es una palomita, según me has enseñado tú. ¿Qué importan, pues, las espinas?

Y al que se va por el otro camino, ¿de qué le sirven las flores, si no tiene tiempo ni de olerlas; si va su palomita entre las garras del Diablo, temblando de miedo, y á la carrera?

Al llegar á este punto de mi discurso, mi madre se sonrió,—sé bien ahora que de muy distinto modo que la vez primera con el ton... ta... tita—y yo muy serio continué:

Ya caigo, mamacita: ha sido una invención del enemigo malo, sin duda, hacer creer á la gente que el camino del Cielo es de espinas, para que no se animen á marchar por él, de temor á los pinchazos, y se vayan por el del Infierno, que dizque es un jardín prolongado.

—Tus últimos razonamientos me demuestran, dijo mi madre, que tu inteligencia está

ya capaz de comprenderme. Voy, pues, á esclarecer tus ideas en un punto que es de la mayor importancia para todo hombre cuando ha llegado al uso de la razon...

—Y también para las mujeres, mamá?

—Sí, Raimundo Leon: para los hombres y para las mujeres igualmente, puesto que unos y otros fueron criados para el mismo fin.

—Entonces por qué no llamas á Engracia para que oiga también?

—Porque tu hermanita es chica todavía: aún no tiene siete años; es decir, no tiene conciencia todavía de lo que piensa, ni de lo que dice, ni de lo que hace.

—Pero en breve tendrá todo eso, mamá; porque cuando le preguntan en dónde está Dios, levanta la manita derecha, y con el dedo "lambe cazuelas," apunta para arriba, y dice: "chelo;" y si le preguntan hacia qué parte se halla el Infierno, apunta para abajo, y dice: "muco!"

—De todas maneras, mientras que no se le olvide la espinada que se dió en un pie la mañana que fuimos á bañarnos al Colomo en Zapopan, no le hables del camino del Cielo, porque pierdes tu tiempo.

Deja á Engracia, y pon atención sin volver á interrumpirme.

El camino de la vida eterna es la Tierra, porque en el instante de morir, llegamos al término del viaje, al fin de nuestro destino, y nos encontramos, acto continuo, con Nuestro Criador, que luego nos juzgará según nuestras obras.

Durante la travesía, no se aparta el Demonio de nuestro lado, y tanto él como sus aliados el mundo y la carne, halagan nuestras pasiones y seducen nuestros sentidos, ofreciéndonos en dorada copa dulce, pero venenoso néctar. He aquí por qué se dice que el camino del Infierno está lleno de flores.

Dios, por su parte, en contraposición con Satanás, el mundo y la carne, nos predica desde su Cruz, la humildad, el perdón de las injurias, la paciencia en los trabajos y en las enfermedades; en fin, todas las virtudes que debemos practicar para ir á su Reino. Y como tales virtudes son contrarias á nuestras inclinaciones y nuestros placeres, al camino del Cielo se le ha llamado camino de espinas.

Quien sirve, pues, á Satanás, toma el engañoso y ancho camino de la perdición eterna, y quien escucha á Jesucristo, elige la estrecha senda que va á parar á la Bienaventuranza.

Y ni siquiera es verdad que el camino del Infierno es tan fácil y ameno: cuesta más trabajo ser malo que ser bueno; condenarse que salvarse; porque el hombre que vive mal, es vil esclavo de sus pasiones y de sus vicios, de los cuales es víctima también...

—Qué buen sermón! mamá; pareces padre.

—Mira si no á los asesinos y á los ladrones; en el camino de las flores han hallado muchos de ellos la cárcel y aún el patíbulo.

—Bonitas flores! ¿Qué horror!

—Muy de otro modo, el hombre que teme á Dios y guarda su santa ley, es muy feliz aun en las enfermedades y en la pobreza; pues el Señor ha dicho que su yugo es suave y ligera su carga.

—Mamá: tú ¿por cuál camino vas: por el de las espinas?

—Sí, hijo mío, y Dios me conceda morir en él.

—Entonces, mamá, puesto que no me he de separar de tí nunca jamás; puesto que es más fácil ser bueno que ser malo, como me acabas de enseñar; puesto que en el camino de las rositas hay ladrones y asesinos, me voy contigo aunque me espine.

—Omitiste el "puesto" principal, hijito: puesto que por el camino de las rositas se va al Infierno y no á la Gloria.

—Ah es verdad; se me había pasado; Dios nos libre del "cazo mocho."

Se me olvidaba decirte, mamá, que la carne que anda con el Diablo haciendo daño

á nuestras almas, no ha de ser de la que se come, á la que Engracia llama "miau."

—No, hijo, es nuestra propia carne que como dice el Padre Ripalda, nos tienta con inclinaciones y pasiones malas.

Guadalajara, Enero de 1897.

MATIAS VINZQUER DODRTE.

LA ORACION.

Gratas memorias del hogar paterno
Que acarician mi mente enamorada,
Voluptuosas creaciones del proscrito,
Fragantes con las flores de mi patria!
Venid conmigo á la colina triste
Por arreboles pálidos bronceada,
Y escuchareis el canto lastimero
Que inspira la oracion al extranjero.

Sentado allí sobre la piedra grande
Que va escalando la espinosa zarza,
Sobre mis manos mi cabeza débil
Melancólicamente reclinada,
Miro la noche que de Oriente impulsa
Sobre los cielos su luctuosa gasa,
Y escucho de lejano campanario
El son, en mi paraje solitario.

Acetos quejumbrosos de la tarde,
Suspiros que venís de la montaña
Los balidos trayendo del rebaño,
Con los cantares que el labriego ensaya;
Rumor confuso de sonora fuente,
Helado cierzo que silbando pasas...
Me alivia vuestra fúnebre armonía,
Murmillos que al morir modula el día.

Oyeme, ¡oh sol! tu lívida lumbrera
Bañe desde las cumbres azuladas,
Cual la antorcha de un féretro, los valles
Donde las sombras de la noche vagan,
La espuma argenta del lejano río,
Del templo abandonado la cruz parda,
Mientras llegando la tiniebla impura
Te arroja su enlutada vestidura.

En vano busco los hermosos sitios
Do las tardes pasaron de mi infancia,
Donde á la luz del arrebol lujoso
Las sencillas leyendas me contaran,
No escucho la castruera melodiosa
Del labriego al volver á su cabaña,
El cuerno del pastor, ni los graznidos
De aves que buscan sus ocultos nidos.

Hora de arrobamiento doloroso,
Indiferente al llanto que derrama
En silencio ante tí la desventura,
En él tu velo de crespon empapas;
Toma tambien el llanto de mis ojos,
Y á saludarte volveré mañana,
Sobre el negro peñon de la colina
O entre los cardos de la triste ruina.

Jorge Isaacs.

Caer en sus propias redes.

(CUENTO ORIENTAL.)

EN cierta ocasion había un Rey árabe que tenía una memoria tan extraordinaria, que le bastaba oír recitar una sola vez una oda, y por mucha que fuese su extension, al instante la aprendía, en términos que podía tambien recitarla como su mismo autor. Tenía á su servicio dos personas dotadas de esta misma facultad, pero en un grado menor; una anciana, natural de Marruecos, que podía recitar un trozo de versos sin titubear con tal que le hubiese oído dos veces, y una de sus hermosas esclavas podía repetirlo si lo había escuchado tres veces.

Cuando se presentaba un poeta en palacio y pedía ofrecer al trono sus respetos y homenajes, y dar una prueba de arte y habilidad, el Rey tenía la costumbre de prometerle que si hallaba que sus versos eran una composicion original le compensaría dándole una pieza de oro igual al peso del manuscrito.

El poeta, seguro de no deber sus poesías á nadie, las declamaba lleno de confianza y satisfaccion; pero apenas había concluido el Rey le decía:

—Eso no es una cosa nueva; hace muchos años que yo conozco lo que acabas de recitarme; esa pieza me la sé de memoria.

Y la repetía palabra por palabra, con gran sorpresa del poeta, y añadía:

—Esta anciana de Marruecos la conoce tambien, y vá á repetirla ahora mismo.

La anciana de Marruecos, que la había oído recitar dos veces, una por el poeta y otra por el Rey, la repetía con la misma perfeccion.

—Tengo tambien una esclava, proseguía el Rey, que debe saberla lo mismo que nosotros.

Se hacía comparecer á la esclava, que había estado oculta detrás de un cortinaje, y habiendo oído al poeta, al Rey y á la anciana recitar la poesía, la repetía como si la hubiese aprendido desde su infancia.

El poeta quedaba confundido, no acertando á comprender cómo otras personas sabían sus versos como él mismo, y se creía víctima de algun espíritu maligno; pero al fin, no teniendo nada que oponer en contra, se veía obligado á retirarse con las manos vacías.

Un famoso poeta, El Ismael, lastimado del infortunio de sus compañeros, sospechó el ardid del Rey y resolvió sufrir la prueba, pero al mismo tiempo se lisonjeó con la idea de salir vencedor.

Compuso una oda, en la que sin sacrificar los pensamientos hizo que entrasen en ella, con grande paciencia y erudicion, las palabras poéticas de la lengua árabe más difíciles de pronunciar y retener. En seguida se vistió á manera de extranjero y se cubrió el rostro á excepcion de los ojos, con un "litham" [pedazo de paño,] segun la costumbre de los árabes del desierto. De este modo disfrazado, se presentó en el palacio del Rey y pidió que le condujesen á su presencia.

El Rey estaba en su aposento dejándose recortar la barba por su esclava, cuando vino la anciana á anunciarle la persona que le esperaba. El rey pasó á ver al supuesto extranjero, y al mirarle en su presencia, le dijo:

—¡Oh, hermano de los árabes! ¿De dónde vienes y qué deseas de mí?

El poeta respondió:

—Dios acreciente y favorezca el poder del Rey. Soy un poeta de la tribu de... y he compuesto una oda en honor de nuestro Sultan.

—¡Oh, hermano de los árabes! ¿respondió el Rey. Sabes á qué condicion puedes obtener la recompensa?

—Lo ignoro, dijo el poeta. ¿Cuál es la condicion, poderoso señor?

—Si la oda que vas á recitarme no ha sido compuesta por tí, no esperes de mí ningun premio; pero si es nueva, es decir, si eres tú el verdadero autor de ella, te daré tanto oro como pese el manuscrito al cual has confiado tus inspiraciones.

—¿Cómo tendría yo el atrevimiento, exclamó El Ismael, de suponerme autor de versos que no hubiera compuesto? ¿Ignoro yo, por ventura, que mentir en la presencia de un Rey es una de las acciones más viles que pueden cometerse? Mis versos son míos y me someto sin ninguna especie de temor á las condiciones que tengais á bien imponerme, ¡oh, el mejor de los Reyes!

El poeta recitó su oda; el Rey, turbado, y viéndose incapaz de retener un solo verso, hizo una seña á la anciana de Marruecos; pero ésta tampoco había podido retener una sola palabra; hizo comparecer á la esclava, la que se hallaba ménos que los otros en estado de representar su papel.

—¡Oh, hermano de los árabes! dijo el Rey; tú has dicho la verdad: la oda indudablemente es tuya; es la primera vez que la oigo. Presenta, pues, tu manuscrito á fin de darte la recompensa prometida... entrégalo y lo pesaremos.

—Mandad, respondió el poeta, á dos de vuestros servidores para que me ayuden á traerlo á los pies de vuestro trono.

—¿Pues qué es necesario traer? exclamó el Rey admirado.

—El manuscrito,

—¿No es de papyrus? ¿No le traes contigo?

—No, sultan, y el mejor de los reyes. Soy un pobre: cuando compuse esta oda no tenía papyrus, y me ví precisado á estamparla en un trozo de columna que mi padre me dejó en herencia. Ese pedazo de mármol está sobre mi camello á la puerta del palacio.

El rey cayó en su propio lazo; el trozo de columna doblaba con su enorme peso el lomo del pobre camello: para sostener el rey su promesa le fué preciso agotar su tesoro; mas esta leccion no la echó en saco roto, como vulgarmente se dice; en adelante renunció á echar mano de un ardid tan poco digno de él contra los poetas, á los cuales recompensó, segun su mérito, con la generosidad que conviene á la riqueza y al poder de un soberano.

MAHOMET.

SURGITE.

I

Blanco el cielo. Montañas obscuras
Se destacan en fondo gris perla,
Sobre el pico más alto ha prendido
Su penacho de luz una estrella.
Un alfange de plata, la luna
Recortando las nubes semeja,
Y un lucero muy pálido y triste,
Desde el claro perfil de la sierra,
Somnoliento su blanca mirada
Arrojando tenaz, parpadea,
A la vez que otros astros se ocultan
En el seno de la húmeda niebla.

II

Los nocturnos ruidos se apagan
Y se apagan tambien las estrellas,
Por el Este sus franjas de oro,
Del aura gentil mensajeras,
Prende el sol, que en su lecho de nubes
Cual un rey oriental se aspereza.
Y las sombras buscando refugio
De Occidente en los mares navegan
Y el espacio atraviesan veloces
Tripulando sus góndolas negras.
¡Sólo Vénus en lo alto del cielo,
Como un foco inmortal, centellea!

III

En la tierra las cosas presienten
Un instante solemne y esperan.
Surge el agua, las fuentes palpitan,
Se estremece la obscura arboleda
Y en la fronda se siente el latido
De unas almas que cantan y vuelan.
Son alados espíritus: brotan
Del ramaje. Las hojas despliegan
El sutil pabellon de esmeraldas.
Todo es vida y calor; todo niebla...
Y un concierto de arpegios y trinos
Por los aires inmensos resuena.

A lo léjos se escucha el estruendo
Del trabajo y la lucha que llega.
El reposo es momento que pasa;
Sólo fuerte y durable es la brega.
¡Hombre, sus! abandona tu lecho,
Que la vida te llama y espera.
Ya en tu seno las vísceras laten,
Ya en tus sienes la sangre golpea...
¡La montaña calcárea á tus huesos;
Sus entrañas de hierro á tus venas,
Y á tu espíritu ardiente los rayos
Con que inunda tu Dios las esferas!

Manuel José Othon.

LA CODORNIZ.

I

LAMABASE Elena de Naires, y en plena juventud y en plena belleza minábala sordamente la tisis.

Los médicos la enviaron al Mediodía, y, á las primeras heladas, abandonó con su marido, Rogelio de Naires, que la adoraba, su hermoso nido campestre de Avelles, para instalarse en Baulieu, en las inmediaciones de Niza.

El cambio de clima y la suavidad del aire ejercieron al principio una accion saludable en la salud de la enferma,

El enamorado esposo estaba cantando y bendecía la mágica influencia de aquella tierra milagrosa.

Pero Elena no se equivocaba, pues un sutil presentimiento le revelaba, sin duda, los pérfidos progresos de la dolencia.

Con efecto, el mal seguía su marcha y conducía á la paciente hacia un fatal desenlace.

Sólo Rogelio no notaba la alteración en la salud de su esposa, confiado en próximo restablecimiento. Marido y mujer daban largos paseos por los floridos senderos, durante los cuales daba el esposo rienda suelta á sus ensueños de esperanza.

Sin embargo, cuando llegaron los calores de Abril, la debilidad de Elena se acrecentó de un modo visible.

La infeliz no tenía fuerzas para andar y únicamente daba un par de vueltas por el jardín, entre los naranjos, cuya robusta florescencia surgía por todas partes con crueles ironías.

En cierta ocasión oyeron Elena y Rogelio un característico canto de ave: tres notas, la primera prolongada y breves las otras dos.

—¿Oyes?—dijo Elena—es el canto de la codorniz, el mismo que solíamos oír en los campos de Avelles.

—Sí—contestó Rogelio—el mismo que volveremos á escuchar allí en Agosto.

—No—repuso Elena—porque no podré volver á nuestro castillo. Estoy condenada á morir y aquí exhalaré el último suspiro. Lo sé, porque ayer oí que el médico lo decía al despedirse. No lo niegues, porque estaba yo escondida tras de una puerta.

Rogelio trató de protestar contra aquellas palabras y cubrió de besos á su compañera.

—Sí—añadió Elena—me moriré pronto, tú te volverás á Avelles, y después de haberme llorado por espacio de algún tiempo, me olvidarás y te consolarás con otra....

—Te juro....

—No, Rogelio, no me jures nada. Oye el canto de la codorniz bajo los olivos. Cuando vuelva á cantar en la próxima primavera, ya no te acordarás de mí.

II

Según su propio presentimiento, Elena murió en su quinta del mediodía, y Rogelio, henchido de dolor, regresó á Avelles, acompañando el cadáver de su esposa, que fué enterrado en el jardín del castillo.

Durante los primeros meses que se sucedieron, el pobre viudo no salió de las cercanías de su casa, consagrado exclusivamente al recuerdo de la que fué su amadísima consorte.

La soledad en que vivía le era tan necesaria como dolorosa.

Sentía la nostalgia de las caricias de otros tiempos y la alegría de los campos despertaba en él una necesidad de amar que casi llegaba á avergonzarle.

Hallábase una tarde de Agosto asomado á una ventana cuando de pronto oyó en los sembrados las tres notas de la codorniz; y aquel llamamiento de las aves de paso le obligó á reconcentrarse en sí mismo.

Examinóse escrupulosamente y se sorprendió del sesgo que en algunas semanas habían tomado sus ideas.

Avergonzado de las preocupaciones que le distraían de sus penas, comprendió que la soledad es mala consejera y resolvió viajar.

Esperaba que el movimiento avivaría su dolor, conservándolo así más puro y más intenso, del mismo modo que se vuelve á encender una antorcha mal apagada agitándola al aire.

III

¡Ah! El hombre, ser ilógico, inconsistente y complicado, es tan impotente para prolongar su dolor como para prolongar su placer.

El río de la vida, donde todo se sumerge, se aniquila y se pierde, arrastra con la misma velocidad en su corriente nuestros esfuerzos y nuestras debilidades, nuestros gozos y nuestros sufrimientos.

Al año siguiente, en el mes de Abril, en el

camino que conduce de Beaulieu á San Juan, paseábase Rogelio, llevando del brazo á una preciosa rubia hermosa y elegante, cuyos ojos garzos le provocaban la adorable embriaguez de amor naciente.

Mientras Rogelio, consagrado exclusivamente á las delicias del momento actual, no se acordaba ya de la pobre muerta, oyó de nuevo el canto de la codorniz, ese llamamiento al amor que las aves de paso lanzan periódicamente al espacio.

Rogelio se detuvo y sintió un calofrío, que le hizo estremecer de pies á cabeza. Parecía ver surgir ante sus ojos el fantasma de Elena, murmurándole con triste voz: “¡Acuérdate, Rogelio; acuérdate de tus palabras!”

—¿Qué tienes?—preguntó la rubia á su amante. ¿En qué piensas?

—Nada, hermosa mía—le contestó—la brusca traslación del sol á la sombra me ha producido una sensación de frío....

Habíase realizado la predicción de Elena; habíase consumado el crimen del olvido, y el canto de la codorniz llevábase consigo, á través de los olivares, el juramento hecho á la muerta.

ANDRÉS THEURIET.

SUEÑOS.

De mi alma haré una gota de rocío
Para regar con ella tu corola;
Haré un sublime altar del pecho mío
Y en ese altar te adoraré á ti sola.

Brillará en las tinieblas de mi suerte
La luz del sol de tu mirar divino;
Será un perfume para ti m imuerte,
Y mi vida una flor de tu camino.

Te creí realidad y eras fulgente
Ilusión de mis días halagüeños,
Te ví, señora, y coroné tu frente
Con el lampo inmortal de mis ensueños.

Ven, dejemos el techo del proscrito
Del mundo impuro que tu planta toca;
Ven conmigo, yo haré del infinito
Una copa de amor para tu boca.

La triste noche plegará sus velos,
Y tu voz en mi lira de poeta
Agregará al “Te Deum” de los cielos
El mágico nocturno de Julieta.

Ven, yo te amo; la luz que tú destellas
Será mi eternidad, y en santa calma,
Tú buscarás á Dios en las estrellas
Y yo le encontraré dentro de tu alma.

Justo Sierra.

FLORES Y MUJERES.

He aquí el objeto de la vida. Unas y otras reflejan poesía, y constituyen, por decirlo así, los polos sobre que descansa el mundo del amor.

Los más hermosos cuadros y los cantos más bellos que han salido de la paleta del pintor y de la lira del poeta, han recibido la vida en esa fuente siempre inagotable de inspiración y de ternura.

Son hermanas inseparables, destinadas por la naturaleza á llenarlo todo con sus aromas y encantos.

¿Quién no admira á esas hijas predilectas del alma, que doquiera llevan las puras emociones del sentimiento?

¿Quién no las rinde el culto que merecen por la majestad de su hermosura y la variedad de sus formas?

Contempladlas de cerca, y recibiréis el bautizo de una nueva vida; la vida del ideal, á que ellas dan forma en las notas del pentagrama, ó en las páginas del libro: en los suspiros de la inocencia ó en la plegaria de las vírgenes: en las líneas de la estatuaria ó en las creaciones del pincel.

Suprimidlas, y habréis deshojado el árbol de las ilusiones.

¿Cuáles atractivos harían entonces agradable la existencia?

¿En qué fuente saciaría el espíritu su sed incesante de amor y de esperanza?

Oh! vosotros, los que sentís la nostalgia del hastío: los que habéis hecho de la duda santuario para vuestros sentimientos: los que habéis helado vuestros corazones con el cerzo de las realidades: los que confiáis á las frialdades del cálculo todos los atributos del alma; volved la vista á las mujeres y las flores, para que os sintáis regenerados.

Amadlas, y veréis cómo á su delicado contacto, renacen vuestros muertos ideales, y se os presentan atrayentes y seductores los horizontes de la vida!

HORTENSIA.

HYDRANGÆA JAPONICA.

Esta hermosa planta tiene las hojas en forma de corazón; las flores son anchas en forma de cima plana, compuesta de 40 ó 50 flores de un color de rosa china muy bello, y se cultiva á la sombra en los patios y en las tierras ligeras. Se la debe regar con mucha frecuencia en la isla de Cuba. Existen de esta planta más de cincuenta bellos ejemplares en el Jardín de Aclimatación.

LEYENDA.

Á principios de este siglo los japoneses y los chinos enviaban abanicos y sombrillas á Europa. Estos objetos estaban adornados de flores pintadas.

La flor de la Hortensia ha pasado largo tiempo por una flor imaginaria creada por la fantasía de los pueblos asiáticos. En 1804 fué cuando los europeos vieron por primera vez esta hermosa planta, que tanto engalana nuestros jardines.

La Hortensia lleva este nombre en memoria de la reina Hortensia, una de las hermanas de Napoleón I. En esa época esta planta se vendía á precios fabulosos: entonces se decía:

“La Hortensia adorna los palacios, y las plantas del Basilisco el palacio del Louvre.”

La Hortensia de flores rosadas cambia fácilmente de colores: se cultiva en tierras húmedas y se convierte en azul: el óxido de hierro las hace florecer igualmente.

Esta hermosa planta, bastante rara en esta isla, ha sido muy descuidada y sería muy conveniente cultivarla con más asiduidad.

Jules Lachaume.

BALADA.

¡ADIOS!

Un cielo azul y sereno;
El ancho mar que dilata
Sus ondas, hasta perderse
De la vista en lontananza;
Las gaviotas que el espacio
Cruzan con ligeras alas
Entre dos inmensidades,
La del cielo y la del agua;

Y una mujer que llorosa
Da su adiós desde la playa,
Al que ya léjos, muy léjos,
De la ribera se aparta;
Mal comprimidos sollozos
Y el suspirar de las auras,
Únicas voces que se oyen:
Con la del mar, la del alma.

¿Volverá?... ¡Nadie lo sabe!
Acaso negra borrasca
Abra la anchurosa tumba
De risueñas esperanzas.
¿Se olvidarán?... Frescas flores
De afectos que esconde el alma,
Mueren al helado soplo
Del tiempo y de la distancia....

En tanto el mar impasible,
Como ayer, como hoy, mañana
Seguirá siempre besando
Las arenas de la playa.

Carlos Sáenz Echeverría.